

MISCELANEA

UN ILUSTRE HISTORIADOR

Por SANTIAGO P. MINETTI

Desde Caracas —ciudad en la que nació el 9 de octubre de 1886— llega una dolorosa noticia: el fallecimiento ocurrido el 26 de febrero del año en curso, del Dr. Cristóbal L. Mendoza. La muerte de esta eminente personalidad, uno de los hijos más dilectos de la patria de Bolívar, constituye una de las pérdidas más lamentables en el campo de la investigación de la historia de Venezuela y de América. Ampliamente justificado el dolor que el infeliz suceso ha provocado en la patria hermana, como el desgarrón que provoca en los cultores de la historia de los países de América.

Con el doctor Cristóbal L. Mendoza, desaparece uno de los investigadores más fecundos, talentosos y serios de la historiografía de América, de todos los períodos de nuestra historia, pero especialmente, del que corresponde a la gloriosa etapa de la lucha por la emancipación.

La república venezolana, ha dado grandes historiadores, esforzados investigadores de nuestro pasado histórico americano y obvio decirlo, de su propia y hermosa patria, pero entre todos, por la excepcional laboriosidad, por el equilibrado y acertado criterio de valoración histórica, por el pulido y límpido estilo de exposición y crítica, el doctor Cristóbal L. Mendoza, deja en esa constelación de brillantes historiadores, tanto como un nombre consagrado, un lugar difícil, muy difícil, no sólo de superar sino de igualar.

De ascendencia ilustre —su bisabuelo, héroe civil de la Independencia y primer Presidente de la República— le permitió observar historia desde su propio hogar y en él, aprendió tanto como el amor a las glorias nacionales, la adhesión indeclinable, fervorosa y entusiasta por la libertad.

Porque este ilustre venezolano cuyo nombre encontramos en la profundización de la investigación histórica de Venezuela y especialmente de la vida del Libertador Bolívar, fue desde su adolescencia un activo combatiente por la causa de la libertad y por el sistema democrático que concede seguridad y garantía a las potestades individuales y colectivas.

Fue uno de los constructores del civismo venezolano y concurrió a ello, con la lucidez de su inteligencia y con las ricas energías de un espíritu hecho de coraje y fervor para las grandes batallas de la civilidad.

Desde estudiante, se plantó en rebelde actitud frente a la dictadura de Cipriano Castro —en cuyos días finales se graduó de abogado— así como más tarde y desde

las columnas de "El Tiempo" —fundado y dirigido por los hermanos Pumar— fue un duro e implacable opositor a la dictadura de Juan Vicente Gómez.

Su vocación por la libertad y el derecho, lo condujeron en las épocas dictatoriales a la cárcel y el destierro, pero ni una ni otra cosa quebró en la ilustre personalidad que nos ocupa, sus afanes y su adhesión indeclinable a los más puros principios cívicos.

Por eso en circunstancias felices de repercusión democrática, prestó a Venezuela destacados servicios en cargos de su especialización profesional, de docente, y en el ejercicio como titular del Ministerio de Finanzas.

Fue un ejemplo insuperable del trabajo, un ejemplo que va más allá de lo extraordinario y llega a lo excepcional.

Murió a los 91 años de edad y pocos días antes de fallecer, recibió de la imprenta el ensayo que escribió intitulado "Las relaciones entre Bolívar y Miranda".

Cincuenta años de su vida los dedicó a la historia; Bolívar ocupó su amor y su preferente atención.

A la Academia de la Historia de Venezuela y a la Sociedad Bolivarana, le consagró lo más fecundo de su talento y de sus energías. Su autoridad moral e intelectual, lo consagraron presidente de una y otra institución por varios períodos. Integró también con honor y prestigio el Instituto Panamericano de la Historia.

Hizo Historia, guiado por el pensamiento de servir a la verdad. Se guió, dice Ramón J. Velásquez, por el principio clásico: "Hay un valor supremo que es la Verdad. La verdad es lo verificable. La Historia busca la Verdad, da con ella y la exhibe".

En la historiografía de América, deja el doctor Cristóbal L. Mendoza, un nombre ilustre e inolvidable.

Montevideo, 1978.

DOCTOR HECTOR PARRA MARQUEZ

Por FABIÁN DE JESÚS DÍAZ

Valencia: junio de 1978. El miércoles 24 de mayo murió en Caracas, en una de las salas del Centro Médico de San Bernardino, el Dr. Héctor Parra Márquez, Presidente de la Academia Nacional de la Historia. Era no sólo mi amigo y compañero de Academia, sino también mi discípulo; ya que habíamos coincidido en las aulas del Colegio "Don Bosco", de esta ciudad.

Recuerdos muy gratos conservaba él de sus años de internado en aquel instituto, bajo la activa y eficiente dirección del Padre De Ferrari; quien siempre la distinguió e hizo objeto de señaladas atenciones. En el Colegio Salesiano de Valencia se estaría Parra Márquez hasta completar los años del Bachillerato. Allí fue compañero de Hermógenes López, Isaías Ojeda, Carlos Navas Spínola, Ladislao Iturriza Guillén, Carlos Ottolina, Fco. José Iturriza, y Luis Felipe López, entre otros.